

Obras y Autores.—

Nathanael Yáñez Silva: "Memorias de un Hombre de Teatro"

Entre aplausos y silbidos, la vida de un hombre de teatro se va cerrando por el engastamiento a la amargura, la flagrantísima penuria que agredió a esta la leyenda, la donación de la muerte. Y tenemos al hombre de teatro con una actitud de línea naturalista de la aliter, o melancólico, resaca, en la vigilia y en el sueño.

Nathanael Yáñez Silva pudo fácilmente ser un amargado. El odio gratuito, generoso, salió a embestirle muy a menudo a la vuelta de cualquier esquina. Era un odio instintivo, torpe, inevitable, que empujaba un rato al desahucio, intentando descubrir su causa. Pero Yáñez Silva era esencialmente bueno, creía que todos los seres, aunque se disfrazaran de animales, y a la cabeza de un momento — mientras reflexionaba sobre la malevolencia incomprensible — recordaba la dicha de ser hombre de teatro, de vivir, de hallarse en el mundo lleno de bellas mujeres, de edificios ingeniosos, de autores buenos en su oficio, de críticas honradas.

El odio lo persiguió, no obstante, con una perfidia infernal. ¿Por qué? Nunca lo se supo — se sospecha —. Pero era un odio que se convertía a convertirse la comprensión personal hacia mí, manifestada en los periódicos, en ataques por temas a mi persona, a mis textos, a mi manera de hablar. A todo lo que se refería al hombre, primero, y al escritor, luego. Muchas veces, al pasar un tiempo, sacaba de la memoria, en forma anárquica, un insulto hacia mí, cobardía e impudencia. Imponían tanques los textos de animados, así diariamente, al "Luzbudo". Era tan claro que yo, muchas veces, con pequeños esfuerzos, destruía a los cuantos. ¡Qué de minutos sostenidos qué silbidos, qué ruidos tan grandes, para un muchacho que no hacía otra cosa que escribir como todos, y por encima sufría personal; que sólo decía la verdad sobre los escritores llevados a cabo en Santiago! Al parecer el público iba más crítico, al decir de algunos hombres compañeros que seguían así hacer con impudencia. Había momentos en que apodó por venir aquellas y leer la firma. Como no las conocía, las despreciaba. Recordó a tener miedo cuando voló en el avión en el diario correspondencia para mi. El mundo bajó, en el piso, y mis manos estrujaban aquellos asientos. Una vez vi, sobre la barra de un autobús, un insulto escrito para mí. Como le iba gachada en el pecho, y me dije: "Kunze he hecho mal a Polanco. Nunca creí que él me odiara de este modo...". Era un reportero del "Luzbudo", un hombre a quien había tratado apenas dos veces en mi vida, y que se crea poeta... Fue una gran tristeza... Pero cosas más grandes habían en esa vida en mi vida".

En ese tiempo, el teatro era joven, no podía defenderse contra tanta se. Cuando a partir las cosas se fueron a en forma, los al encuentro de las "cosas grandes" — las y buenas — con calma de la vejez, el era hora de poder, de no desesperar, de el momento era halagador. Porque la verdad es que Yáñez Silva no fue vanidoso, como muchos creyeron siempre. La verdad es que vivió en un mundo oscuro, donde el arte sólo lo podía y purificar, y así dicha de hallarse en ese mundo. Le venía de una familia sencilla. Creo — al parecer — que la humildad se vivió en los primeros los años y en que no lo era. Los primeros años fundamentalmente por ser humildes; los segundos — recordando a mi — para defenderlos. El hombre de teatro — si-

miraba fácilmente a quienes se parecen grandes; y lo efecto es que en esa misma variedad — una — la falta de comprensión de hallarse entre los grandes y comportarse como ellos, es decir, en entrega absoluta al arte que embellece la vida.

En este libro de recuerdos, el "hombre de teatro" no es el autor de "El varueta", "El mago", "La era" y otras cosas que con diversa fortuna llevaron al nombre de Yáñez Silva por los escenarios del país. Nos encontramos en estas páginas con el escritor, estimado a tanto en los escenarios, principalmente por las dramáticas jóvenes, ansiosas de representación. El crítico es, naturalmente, a ser, hombre conocido de mucha gente y que debe, por razones de su oficio, ser muy observador, para encontrar siempre el dato necesario, o sea mejor momento — con ciertos datos — un hecho, un personaje, estructura y relaciones en el panorama del momento cultural. Yáñez Silva explica — para darnos un cuadro de Santiago desde 1910 a nuestros días — por nosotros a los periodistas con que, en uno o en otro tiempo, trabajó. De este cuadro de hombres de gran corazón, en su memoria, algunos de gran prestigio: don Carlos Silva Villalón, Rafael Valdivia, Alfonso Figueroa, Miguel Cortés, Alejandro Silva de la Fuente, Hugo Silva, y muchos otros que amaron y desamaron, cada uno con su grado a una sociedad no pocas veces entremedios, cívicos, indiferente a grandezas y prestigio. Entre todos ellos, Yáñez Silva va señalando corrientes periodísticas, actividades que están estrechamente relacionadas con la vida de un escritor, periodistas que piden a grandes rasgos una personalidad interesante, un suceso que vale la pena recordar del pasado. El buen humor, la observación valga y penetrante inclinan a Yáñez Silva a exponer retratos o caricaturas de algunos escritores: Juan Luis Lapina, Fernando Santibañez, Mariano Latorre, Renato Irujo, Celina Martínez, Magallanes Moura, Armando Mauck. Cuando pasan por la memoria de Yáñez Silva, así siempre es para ser proyectados a algún aspecto de entretención, a un momento de la existencia cultural y humana. O los vemos como autores — no siempre apoyados por una suerte amorosa — o como colaboradores de teatro o de literatura, como amigos y conocidos con sus aspectos de actores y de actores que giran en conjunto en teatro o de actividad.

La vida teatral profundamente dicha es quedando grabada, entretanto, en el desarrollo de esta obra amecida. Homajes y mujeres que han brillado o se destrozaron lamentablemente en nuestros escenarios encuentran en Yáñez Silva un testigo pero de sus actuaciones, sus caprichos, su sed de aplausos. Todos los géneros van quedando, por turno, representados: Comedia (Luna, Pico Vía, Sastre Pico, A. Guevara, la Casper), Amparo Pérez, Resurrección Quijano la primera tonadilla, que pasó por Chile y de la era, cuenta el autor una sobria anecdota. Entre los escritores extranjeros que recuerda, mencionamos a Blasco Ibañez, Marquina, Eduardo Arreola, Dario Nicolson, Martínez Sierra, Benavente, V. E. de los.

Aquí, con esta obra, Yáñez Silva nos conduce, en compañía de gente muy desahogada — y con adorno de Linares de Linares — a una gran satisfacción que sabe su lección para que seamos espectadores de una comedia que critiquemos.

Hernán del Solar

Nathanael Yáñez Silva: "Memorias de unhombre de teatro"

[artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nathanael Yáñez Silva: "Memorias de unhombre de teatro" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile